



“YO ESTOY CON VOSOTROS”

Documento 0
Asamblea de la Iglesia en Castilla



Introducción

Esta Asamblea de Iglesia en Castilla se sitúa como una concreción del Sínodo sobre la sinodalidad haciendo visibles claves como la escucha activa de todo el Pueblo de Dios, la corresponsabilidad en la toma de decisiones, el discernimiento comunitario y una mayor apertura misionera al contexto cultural concreto en el que nos sentimos invitados a participar activamente.

El trabajo de preparación que se ha realizado en nuestras nueve diócesis ha sido enormemente rico. Resulta difícil resumir en un breve documento las propuestas realizadas desde los distintos foros. Sin embargo, una idea recibida desde Salamanca nos ofrece un itinerario muy sugerente. Textualmente propone **«vivir las experiencias pascuales primeras para pasar del miedo a la alegría»**. Ésta es la clave.

No hemos sido convocados para expresar la nostalgia por una realidad que ya se fue, ni para lamentar que las cosas no sean como a nosotros nos gustaría. No estamos aquí para reafirmar tozudamente los esquemas en los que nos movemos desde hace años, cayendo en lo que el Papa Francisco llamaba «el cómodo criterio pastoral del "siempre se ha hecho así"»¹. Nuestra intención no es enredarnos, una vez más, en «un "exceso de diagnóstico" que no siempre está acompañado de propuestas superadoras y realmente aplicables»². Por el contrario, hemos sido convocados en el nombre del Señor, a través de nuestros pastores, para revivir el entusiasmo de la experiencia pascual. Cristo, que prometió estar presente cuando dos o más se reúnen en su nombre³, nos invita a un renovado encuentro con Él, en el que se reavive nuestro entusiasmo evangelizador. El Resucitado nos ha confiado la hermosa y apasionante tarea de ser testigos, en medio de nuestra tierra, de su victoria definitiva sobre el pecado, el mal y la muerte. Ha depositado en nosotros su Espíritu Santo para poder ser transparencia de su amor y misericordia que, a través de nuestras pobres vidas, sigue llegando a cada hombre y mujer de nuestros pueblos y ciudades. Es Jesús mismo quien nos llama, quien nos une y quien nos envía para que todos conozcan el gran tesoro de la fe que a nosotros se nos ha manifestado⁴. Precisamente en el deseo de revivir la experiencia pascual y de, como sugieren casi todas las diócesis, hacer de la Palabra de Dios el verdadero centro de nuestra conversión personal y de nuestra propuesta evangelizadora, vamos a estructurar esta presentación del trabajo que se ha realizado desde la conclusión del evangelio según san Mateo.

Mateo 28,16-20:

«Los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Al verlo, ellos se postraron, pero algunos dudaron. Acercándose a ellos, Jesús les dijo: «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos».

Primera clave: La conversión pastoral, personal y comunitaria

La primera de las fichas que hemos trabajado gira en torno a la conversión pastoral, personal y comunitaria. De lo que se trata en esta Asamblea, como acertadamente se recoge en las aportaciones, no es de hacer un mero ajuste de actividades, sino de **volver a la fuente, que es Jesucristo**, y desde ahí articularlo todo. Precisamente, la escena evangélica que acabamos de contemplar nos ofrece una imagen plástica de este proceso. Los Once, que se habían dispersado tras la crucifixión del Señor, vuelven a ser congregados en torno a Él. Jesús no les pide cuentas de sus fracasos ni de sus miedos. Tampoco les recrimina que, incluso viéndolo resucitado, algunos dudaran. Es el mismo Señor quien les había indicado dónde tenían que ir. No actúan por propia iniciativa, sino respondiendo a su invitación. Como afirma el Papa Francisco, Él nos «primerea». «La comunidad evangelizadora experimenta que el Señor tomó la iniciativa, la ha primereado en el amor (cf. 1Jn 4, 10); y por eso, ella sabe adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos»⁵.

La oración como centro

En todas las aportaciones recibidas se ha destacado la centralidad de la oración, como algo que debe ser incorporado de modo habitual en los encuentros y reuniones y que además tenga espacios propios, amplios y periódicos: grupos, ofertas de lectio divina, escuelas de oración, retiros, ejercicios espirituales, adoración eucarística, templos abiertos, disponibilidad para la confesión.

Oración personal y comunitaria

Lo de «estar a solas», que dice la Mística abulense, es una parte esencial de la oración. Pero en el texto de Mateo, quienes se acercan a Jesús son los Once en su conjunto. La oración que se nos invita a cuidar no sólo es personal, sino también comunitaria. Parafraseando al Papa Benedicto XVI, cuando él afirmaba que «nadie puede creer por sí solo»⁷, así también podemos decir que nadie reza solo.

La escucha como distintivo cristiano

La clave de la auténtica oración es la escucha. Así se lo enseñó Elí al joven Samuel: «Di, habla, Señor, que tu siervo escucha»⁸. No es casualidad que en la conclusión de Mateo ninguno de los discípulos diga nada. Sólo habla Jesús. Ellos se limitan a acoger sus palabras. Por eso la escucha es uno de los distintivos esenciales del cristiano.

Se percibe, por tanto, una fuerte llamada a hacer de cada una de nuestras comunidades auténticas escuelas en las que se inicie y se acompañe a ese «tratar de amistad, estando muchas veces a solas con quien sabemos nos ama»⁶ en que, según santa Teresa, consiste la plegaria. En la pequeña capilla de una aldea perdida en nuestra tierra, calificada por muchos como «España vaciada», quien se entrega a la oración sabe que siempre está con otros: con el Dios que sostiene el universo, con los coros celestiales a cuyo canto acompasa su plegaria, con la Iglesia entera que se une en la alabanza y el amor al Señor. La oración no aísla, crea comunión.

No sólo se aprende a rezar de otros, sino también con otros. Tal es la esencia de los pequeños grupos de vida, que varias de nuestras Iglesias locales invitan a promover.

Lo somos verdaderamente aprendiendo a escuchar a Dios y a los hermanos o, por mejor decir, a Dios que también nos habla a través de los hermanos, incluso de los más alejados y, sobre todo, de los pobres. Bien lo recogen las aportaciones de las diócesis cuando insisten en que es necesario ofrecer espacios de acogida y escucha, y que la acción caritativa es termómetro y expresión para el encuentro con Cristo. El Papa Francisco invitó reiteradamente a esta disposición, especialmente mediante la implementación del estilo sinodal y más concretamente, de metodologías como la conversación en el Espíritu y otras semejantes, como bien han señalado muchos grupos.

La misión: hacer discípulos

Jesús pide a los Once algo muy concreto: hacer discípulos de todos los pueblos. Ni les pidió a ellos ni nos pide hoy a nosotros ser conservadores de museos, ni supervisores de edificios, ni garantes de costumbres más o menos antiguas, ni mucho menos prestadores de servicios religiosos. Nos pide evangelizar. Somos conscientes de ello, y por eso repetidamente las aportaciones han insistido en la necesidad de reordenar prioridades y de pasar de una pastoral de inercias sostenidas a una pastoral de anuncio y encarnación.



Primer anuncio

Recuperar la presentación del kerigma de la fe, atreviéndonos a llevar a cabo iniciativas de primer anuncio, unidas a la invitación de iniciar o reavivar el catecumenado.



Catequesis renovada

Replantear nuestras catequesis y toda nuestra acción pastoral para que realmente gravite en torno al kerigma, de modo que toda la vida cristiana nazca del gozo de la Resurrección del Señor.



Fe y caridad

La dimensión social, el compromiso con los colectivos más vulnerables, no es un mero añadido, sino la verificación de la autenticidad del anuncio cristiano. «La fe, si no tiene obras, está muerta por dentro»⁹.

Lo cual supone, en el contexto concreto de nuestras comunidades, la necesidad de evitar duplicidades, de discernir qué es lo más necesario y fecundo en este momento en orden a la prioridad de hacer discípulos, y de apostar por lo esencial, aunque ello conlleve reconocer humildemente que ya no podemos hacer todo lo que hacíamos cuando la Iglesia y la sociedad eran otras. El mandato de hacer discípulos es inseparable del de bautizar, pero también del siguiente verbo: enseñar. En el original griego, *didasko* tiene una resonancia que va más allá de la dimensión religiosa o espiritual. Así, por ejemplo, lo han entendido a lo largo de los siglos multitud de órdenes religiosas que, junto con el Evangelio, se han consagrado a la educación, también de los no cristianos y especialmente de los más pobres.

Observemos ahora al grupo de los discípulos. En su forma de referirse a ellos, el evangelista parece subrayar su fragilidad. Son sólo once, es decir, uno les ha abandonado por su traición. Es, en cierto sentido, una comunidad incompleta. Están marcados por el peso de sus limitaciones, de su fracaso en el seguimiento de Jesús. Hoy también muchos de aquellos que son convocados por Cristo para transmitir su Evangelio constatan algunas heridas en su corazón. Sacerdotes, laicos y religiosos se sienten solos, están cansados, parecen desbordados ante el hecho de que la mies sea abundante y los obreros pocos¹⁰.

Como consecuencia, se perciben tendencias al aislamiento, a autodefenderse mediante la imposición de una autoridad desmesurada o a través de un protagonismo narcisista, a desentenderse para simplemente «ir tirando». Frente a ello, las nueve diócesis coinciden en la necesidad de acompañar a los acompañantes, de sensibilizar en la importancia del descanso y del autocuidado, de favorecer desde la diócesis una distribución más equilibrada de tareas y responsabilidades.

Se pide un trabajo en comunión de laicos, religiosos y sacerdotes, promoviendo la responsabilidad bautismal, los ministerios laicales y el diaconado. Se propone apostar decididamente por una pastoral en equipo, cultivando la cultura del encuentro entre nosotros y con Cristo, para adorarlo. De hecho, las reestructuraciones pastorales deberían ayudar, en la opinión de muchos, a esto: a favorecer el trabajo en equipo entre todos los miembros del Pueblo de Dios, para lo cual serían un magnífico testimonio las comunidades sacerdotales. Todo ello requeriría, de cara a las nuevas generaciones, revisar la formación en los seminarios.

Segunda clave: Renovar el estilo pastoral para ser una Iglesia más cercana y misionera

Sigamos contemplando a los Once. Mateo los llama discípulos. Esto es lo que, en su evangelio, distingue a quienes siguen a Cristo: que no deben dejar nunca de estar detrás de Él¹¹, que deben tener conciencia permanente de no ser más que su Maestro¹². Se trata, en primer lugar, de un estilo, cuyas actitudes se han subrayado en el trabajo de nuestras diócesis:



Humildad y
paciencia



Cercanía y
disponibilidad



Compasión



Alegría serena



Coherencia de vida

A partir de ese momento, esos once judíos, que probablemente nunca hubieran salido de los entornos del Jordán y del Mar de Galilea, se atrevieron a ir al mundo entero. No entendieron el «todos los pueblos»¹³ de Jesús como mera retórica. Al contrario, se lo tomaron al pie de la letra. El auténtico discípulo está siempre dispuesto a salir, a no quedarse en lo de siempre, a asumir riesgos por el Evangelio.

San Pablo no estaba presente en aquel momento, pues él nunca fue parte del grupo de los Doce. Sin embargo, su forma de evangelizar, que probablemente fuera similar a la que tuvieron también san Pedro y sus compañeros, nos sirve de modelo hoy a nosotros. El apóstol tiene un papel específico, que Pablo tiene que recordar a veces con energía. Los presbíteros, que en nuestras diócesis se fijan en él, están llamados a ejercer su ministerio con cercanía, compasión y disponibilidad; con capacidad de escucha, de acompañamiento, de trabajo en equipo. Su autoridad ha de entenderse en clave de servicio, a imagen de aquél que se presentaba ante los corintios como «servidor de vuestra alegría»¹⁴.

Pero la misión no es sólo del ministro ordenado; nace del bautismo. Quizá sea esa la razón por la que Mateo, que conoce y emplea en otro pasaje el término apóstol para referirse específicamente a los Doce¹⁵, aquí, al tratar el tema de la misión, usa la palabra *discípulo*. Los laicos no son meros colaboradores de los presbíteros. Más bien es al contrario: son los presbíteros quienes colaboran con los laicos en la misión de llevar el Evangelio a todos los rincones de la sociedad. Insistiendo en que se reconozca este papel esencial, en que se escuche su voz y se favorezca su participación no se está haciendo ninguna concesión. Al contrario, se está reconociendo el único protagonismo del Espíritu Santo en la misión de la Iglesia.

El Espíritu actúa en quienes lo han recibido por el bautismo y los sacramentos. Además, suscita carismas especiales en el mundo. Especialmente, el de la vida consagrada, cuyas diversas formas, gracias a Dios tan abundantes en nuestras diócesis, están llamadas a ser lugares de acogida y esperanza, aportando creatividad y audacia a la misión. En muchas de las aportaciones aparece una invitación clara: **pasar de la pasividad a la corresponsabilidad, del individualismo a la comunión y de la indiferencia a la compasión**. Los Once se tomaron en serio lo que Cristo les pedía. Se atrevieron a crear comunidades que, guardando todo lo que el Maestro había enseñado, fueran transparencia de la misericordia de Dios y de la eficacia salvífica de la Resurrección. Los primeros discípulos tuvieron que aprender lenguas y costumbres de un mundo distinto al que ellos estaban acostumbrados. También nosotros hoy podemos revisar nuestros lenguajes, actitudes y comportamientos para ser significativos.

Este sueño compartido por nuestras nueve diócesis tiene, sin embargo, un reto. Muchos grupos reconocen que la comunión en la misión entre laicos, presbíteros y vida consagrada está aún, en la práctica, muy lejos del ideal. Aunque se ha avanzado mucho desde el Concilio Vaticano II, y especialmente desde la invitación a la sinodalidad del Papa Francisco, queda camino por recorrer para que todos los bautizados se sientan realmente responsables de la misión. No se trata sólo de delegar tareas, sino de entender que la misión es de todos, que a ella cada uno aporta lo específico de su vocación y de su personalidad. En este sentido, se considera muy importante revitalizar los consejos pastorales y de economía, para que sean espacios reales de discernimiento; crear equipos de misión donde estén presentes sacerdotes, laicos y consagrados, y cuidar espacios de encuentro, oración y formación compartida.

La formación y la evaluación pastoral

La formación es un tema que aparece con frecuencia. No se trata sólo de pedir que haya formación, sino de preguntarse qué formación hay y debería haber. Quizá la clave nos la ofrezca el verbo *postrarse*, que es lo que el evangelio dice que hicieron los discípulos en el monte al ver al Señor. Más correctamente, tendría que haberse traducido como adorar, no sólo porque esta palabra corresponde más fielmente al original griego utilizado (*proskyneō*), sino porque no se está refiriendo a una mera postura física. Al contrario, habla de un auténtico movimiento religioso en el cual se ofrece a Dios la totalidad de lo que uno es.

La formación no puede limitarse a un simple cultivo intelectual; tiene que afectar al conjunto de la persona. No se trata sólo de transmitir contenidos; más bien de ayudar a integrar fe y vida y a discernir juntos la misión. Para ello se pide cuidar distintas dimensiones, itinerarios formativos vivenciales y espacios comunes para formación de clero, laicos y consagrados.

Los Magos como modelo

A este respecto, a lo mejor sea ilustrativo un detalle en el que, al contemplar la conclusión de Mateo, no solemos caer en la cuenta. Los primeros de los que en su evangelio se dicen que adoran son los Magos que, siguiendo la estrella, llegan a Belén. Su sabiduría intelectual, ciertamente, les ha ayudado a interpretar el signo del cielo. Han tenido también humildad para preguntar a los escribas de Israel, que les han desentrañado las profecías de la Biblia. Pero su acto de fe solo llega a ser adoración cuando se dejan estremecer interiormente ante la ternura de un recién nacido, cobijado en el frágil amparo de su familia pobre.

Una formación para todos

La tradición ha querido ver en los Magos representantes de todas las razas entonces conocidas (Asia, Europa y África), y de todas las edades (anciano, adulto y joven). La referencia se convierte así en una provocación para nosotros. Si, como decíamos antes, necesitamos la comunidad para creer, también reconocemos la pertinencia de una formación que abarque todas las dimensiones de la persona y congrege a todos los estados de vida de la Iglesia.

Los once discípulos que aquel día, en el monte, escucharon el mandato del Señor de ir al mundo entero a anunciar el Evangelio, asumiendo que era una responsabilidad compartida, entraron en lo que hoy llamaríamos una **cultura de evaluación y rendición de cuentas**. San Pablo, a quien antes aludíamos, reconoce que sube a Jerusalén para exponer su predicación, «no fuera que caminara o hubiera caminado en vano»¹⁶. Esa práctica incipiente en la Iglesia primitiva es propia de toda comunidad que quiere ser misionera.

No se trata de un control administrativo, sino del requisito imprescindible para poder llevar a cabo un auténtico discernimiento comunitario que ayude a preguntarnos si lo que hacemos realmente acerca las personas a Jesucristo. Por tanto, en las nueve diócesis se recoge la propuesta de que la evaluación forme parte habitual de la vida pastoral, con objetivos claros y momentos de revisión durante el curso. Evidentemente, no se trata sólo de la rendición de cuentas económica, sino de toda la actividad pastoral y de las decisiones, en el deseo sincero de que todas provengan de Dios como de su fuente y tiendan a Dios, como a su fin.

Tercera clave: reforma de las estructuras. Organizarnos para la misión

En el pasaje de Mateo que estamos contemplando no aparece la palabra *estructura*, ni nada que se le parezca sociológicamente. Sin embargo, y como bien señala una de las diócesis, en la Iglesia el término va más allá de los órganos administrativos para incluir también y ante todo a las formas concretas de vida y articulación comunitaria. En este sentido, el término *once discípulos*, que remite a los Doce escogidos por Jesús, es ya una cierta «estructura pastoral». Ahora bien, una que nace de la conversión personal y de la respuesta a la vocación particular de cada uno de sus miembros. Esas han de ser claves esenciales también para nosotros. Una estructura flexible y dinámica, alejada de la rigidez que en ocasiones se percibe en nuestras organizaciones diocesanas, más bien centralizadas y burocráticas, que no fomentan la sinodalidad y tienden a priorizar la organización interna sobre la acción evangelizadora.

Ámbito	Facilitan la misión	Dificultan la misión
Parroquial	Grupos de catequesis, actividades caritativas, equipos de animación, movimientos de primer anuncio, equipos de vida, propuestas interparroquiales, unidades pastorales, consejos pastorales y económicos	Organización destinada a la mera conservación y dispensación de servicios religiosos, descoordinación, dependencia excesiva del párroco, multiplicación de reuniones, actitudes antisinodales, grupos cerrados.
Arciprestal	Consejos pastorales, proyectos conjuntos, reuniones, materiales compartidos, organización de celebraciones en espera de presbítero	Prisas de los sacerdotes, concepción excesivamente territorial de la parroquia, reuniones meramente formativas y administrativas, escasa comunión entre los miembros del arciprestazgo
Diocesano	Iniciativas de Caritas diocesana y Manos Unidas, programas de formación, retiros y convivencias, campañas del seminario, asambleas diocesanas, medios de comunicación	Desconocimiento del funcionamiento de la curia, autoconcepción demasiado distante, excesivo número de delegaciones, falta de coordinación, excesiva burocracia, falta de coordinación entre iniciativas diocesanas, arciprestales y parroquiales.

Según las aportaciones recogidas, una comunidad cristiana se puede considerar parroquia cuando está constituida por un grupo estable de personas implicadas, con una disposición mínima a la formación, capaz de llevar a cabo la evangelización, la liturgia y la caridad. No se debería identificar automáticamente pueblo con parroquia. En una comunidad viva, aunque sea pequeña, debería haber un consejo pastoral y otro económico realmente operativos. Tendría que estar dotada de ministerios propios, no sólo los ordenados. Su centro, evidentemente, sería la Eucaristía dominical.

Diversificación de tareas y criterios para la misión

Los once discípulos a quienes Jesús envía a anunciar el Evangelio pronto tuvieron que aprender a diversificar tareas. En los Hechos de los Apóstoles se nos cuenta cómo, desbordados por las cuestiones administrativas y por conflictos intracomunitarios, eligieron a los siete primeros diáconos para reservarse ellos lo específico de su ministerio: la oración y el servicio de la Palabra¹⁷. También nuestras diócesis proponen una clarificación más precisa de los distintos ámbitos:

1 Parroquia o unidad pastoral	2 Arciprestazgo	3 Diócesis
Le correspondería el acompañamiento directo de las personas y comunidades.	Favorecería la colaboración y comunión entre las parroquias con la ayuda de un consejo integrado por los distintos estados de vida cristiana.	Orientaría, coordinaría y garantizaría la unidad pastoral del conjunto, mediante el plan pastoral y la programación diocesana. También tendría que garantizar la formación, el acompañamiento y los servicios especializados, promoviendo equipos itinerantes que ayuden a los arciprestazgos. El Consejo Diocesano de Pastoral tendría especial importancia, en clave sinodal, como lugar de discernimiento.

Todo esto debe regirse por criterios realistas. Lo cual supone programar juntos, compartir recursos humanos y materiales, evitar duplicidades y tejer relaciones entre las comunidades. Forma parte también del realismo la conciencia de que la multiplicación de reuniones desgasta las personas. Por eso se pide concretar temas, abordarlos de uno en uno y revisar la aplicación de los acuerdos adoptados. Una clave que aparece como importante es la de la **consulta real y previa a la toma de decisiones**.

En la conclusión del evangelio según san Mateo, aparece repetidas veces la palabra *todo*: «todo poder», «todos los pueblos», «todo lo que os he mandado», «todos los días». Algo que en la mayoría de nuestras Iglesias particulares tiene capacidad de convocatoria y de otorgar identidad y sentido de pertenencia a «todos» son los santuarios, las peregrinaciones y la religiosidad popular. No podemos descartarlos, ya que son una oportunidad real para encontrar a personas que no participan habitualmente en la vida parroquial. En este sentido, tienen capacidad evangelizadora. Son cauces vivos de transmisión de la fe y de la memoria cristiana.



Conclusión

Todas estas aportaciones realizadas por nuestras diócesis, que hemos intentado hilvanar al hilo de la conclusión del evangelio según san Mateo, tienen ahora que traducirse en opciones concretas. Tengamos siempre presentes dos ideas que, a la luz del pasaje de la Palabra de Dios que hemos acogido, parecen necesarias para concluir esta exposición.

En primer lugar, que a Jesús se le «ha dado todo poder en el cielo y en la tierra»¹⁸. **Libramos una batalla que ya hemos ganado.** Nada puede impedir al Señor que Él lleve a cabo su historia de salvación y su propuesta de amor entre los hombres y mujeres de nuestra tierra. No nos dejemos derrotar por las mil tentaciones con las que el diablo pretende hacernos desistir de nuestra misión. Es verdad: somos frágiles; somos pocos; muchos están cansados. Las circunstancias que nos rodean parecen tener una fuerza arrolladora. En una palabra, con frecuencia nos podemos sentir como pobres cacharros de loza.

«Llevamos este tesoro en vasijas de barro, para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros. Atribulados en todo, mas no aplastados; apurados, mas no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; derribados, mas no aniquilados»¹⁹.

Jesús lo puede todo y nosotros, por sorprendente decisión suya, somos sus amigos y compañeros. Se nos ha concedido la enorme gracia de contar con su confianza, de compartir su tarea, de trabajar en su mies, de poder vivir con Él y como Él. No hay en este mundo mayor alegría, más alta gloria ni fuente de mejor esperanza que su promesa:

«Yo estoy con vosotros, todos los días, hasta el final de los tiempos»²⁰.

Porque «si Dios está con nosotros, ¿Quién estará contra nosotros?... Pues estoy convencido de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor»²¹. A Él, por nuestras obras y nuestras vidas, sean la gloria y el honor por los siglos de los siglos.



1 Francisco, *Evangelii Gaudium*, 33; **2** *Evangelii Gaudium*, 50; **3** Cf. Mt 18, 20; **4** Cf. Mt 13, 44; **5** *Evangelii Gaudium*, 24 ; **6** Sta. Teresa de Jesús, *Vida* 8, 5; **7** Benedicto XVI, Homilía en Erfurt (24 de septiembre de 2011); **8** 1 Sam 3, 10; **9** Sant 2, 17; **10** Cf. Mt 9, 37; **11** Cf. Mt 16, 23; **12** Cf. Mt 10, 24; **13** Mt 28, 19; **14** 2 Cor 1, 24; **15** Cf. Mt 10, 2; **16** Gal 2, 2; **17** Cf. Hch 6, 1-4; **18** Mt 28, 18; **19** 2 Cor 4, 7-9; **20** Mt 28, 20; **21** Rom 8, 31. 28-39.